

## RESEÑA HISTORICA DE *Coltejer*

La más grande fábrica textil de Hispanoamérica es la Compañía Colombiana de Tejidos S. A. COLTEJER, fundada en Medellín, Colombia, el 22 de octubre de 1907, y que se dispone a celebrar sus Bodas de Oro con un programa acorde con su importancia económica, y con el prestigio y la simpatía que rodea su nombre en la nación.

### UNA OJEADA A LA HISTORIA

Los antecedentes de los hilados y tejidos colombianos, se remontan como en general los de América, a la época de las culturas aborígenes que fueron sustituidas en su desarrollo por la llegada de los conquistadores europeos, y la fe cristiana. El abate Clavijero dice que los mexicanos de tiempos de Hernán Cortés "hacían del algodón amplios tejidos, que eran tan delicados y finos como los de Holanda, los cuales eran, y con mucha razón, muy apreciados en Europa". Existen testimonios similares sobre el notable avance textilero en el Perú, centro de la otra gran civilización indígena del continente.

En cuanto al territorio que hoy se denomina Colombia, y que fue sitio de cruce de aquellas dos grandes culturas (la mexicana del norte y la peruana del sur), se conservan en los museos husos, sellos para estampar, rústicas lanzaderas y telas, estas últimas semi-destruidas, que son constancia del ingenio de los nativos en tan indispensable industria. Los chibchas, los catíos y otros pueblos indígenas de Colombia conocían los secretos de la tintorería, y estampaban sus telas con diseños de tipo geométrico inspirados en la fauna y la flora de la región.

Durante la época colonial México asume el decanato de esta actividad, y su capital es la primera ciudad en América que tiene lo que podría llamarse una fábrica textil, acorde con las técnicas enseñadas por españoles. El algodón de las Antillas abastece prácticamente todo el consumo mundial. En Antioquia, la región colombiana donde habría de crearse y prosperar Coltejer, un gobernador hispano intentó fomentar la enseñanza de las artes textiles, pero

la minería daba tan pronta y abundante riqueza que faltó entusiasmo para consagrarse a aquella otra labor de menos brillo.

En los años difíciles de estabilización de la independencia durante los cuales se sucedían guerras civiles de lamentables repercusiones económicas, no hay memoria de que haya sobresalido el país como textilero. Más bien se distinguía como importador de ricas telas para las minorías con dinero y buen gusto, que constituían la sociedad de Bogotá, de Cartagena y Popayán, de Bucaramanga y Santa Fé de Antioquia; como suma de los centros más poblados e importantes de la república de entonces.

### INDUSTRIA TEXTIL EN ANTIOQUIA

Los primeros telares llegados a Medellín a mediados del siglo XIX procedían de Francia, de donde los trajo José Vicente de la Roche, médico de notable reputación científica. De la Roche nunca tejió algodón, sino que se empeñó en cultivar la morera y el gusano de seda en las playas del río que cruza de sur a norte el valle de Aburrá. En casa de este sabio conoció un telar, y lo estudió a espacio, aprendiendo a manejarlo, un niño que venía de las inmediaciones, de la pintoresca localidad del Retiro. Ese niño, Jesús María Montoya, hizo a los 14 años su primer telar de madera, y en él tejió sus primeras sobrecamas. Hoy, anciano de 87 años, todavía se encuentra vinculado a la industria textil, a la cual se ha consagrado en parte su descendencia.

Montoya fue maestro y enseñó su arte en Fontidueño, al norte de Medellín, por iniciativa del gobernador Abraham García, quien rigió los destinos de Antioquia de 1892 al 93. Ya había conquistado dos años antes una medalla en una Feria Exposición de Rionegro, y de su taller salía una producción sino muy abundante, al menos bastante apreciada y de consumo asegurado. Adquiría las hilazas extranjeras en el almacén de los Echavarrías, en la calle del Comercio (hoy llamada calle Colombia), y allí trabó relación con el más joven de los socios, don Alejandro Echavarría. Había este caballero hecho una fortuna por su esfuerzo personal, y viajado por Europa y los Estados Unidos, sin que nada pareciese indicarlo como el futuro promotor de una poderosa industria textil.

Hacia 1904 Eusebio Cortés Duque y Emilio Duque formaron sociedad con Jesús María Montoya, a la que entró más tarde Francisco Arango, y la fábrica así instalada es la que hoy se llama Fátelares (Fábrica Textil de los Andes), decana de las existentes en Medellín.

Algunos años antes el general Pedro Nel Ospina había adquirido, escogiéndola personalmente en la Gran Bretaña, una maquinaria que permitía producir telas a escala industrial. Había surgido así la Fábrica de Tejidos de Medellín, en Hato Viejo (hoy Bello), municipio colindante. Tuvo en ella papel decisivo como capitalista y administrador don Emilio Restrepo.

A los cuarenta y ocho años de edad don Alejandro Echavarría, ya experto en lides de comercio, funda con su hijo mayor y cinco de sus sobrinos una sociedad anónima, (tipo de empresa un tanto nueva en las costumbres nacionales, la segunda que se constituía en Antioquia), con el nombre de Compañía Colombiana de Tejidos S. A. Iniciada con modesto capital, mil pesos de oro inglés amonedado, o sea cien mil pesos del papel moneda que entonces circulaba, estaba destinada a enorme expansión y definitiva importancia en el desarrollo industrial de Antioquia.

### CARACTER Y OBRA DEL FUNDADOR

Factor decisivo en el progreso de la incipiente Coltejer fue el carácter tesonero de su fundador, don Alejandro Echavarría. Había nacido en Barbosa, pequeño y tranquilo municipio al norte de Bello, el primer día de julio de 1859. Fue el sexto de los hijos y el segundo varón de don Rudesindo Echavarría Muñoz y doña Rosa Isaza López. Quiso establecerse este último en Barbosa como comerciante, en conexión con su primo don Cruz, mientras sacaba dinero de la minería por tierras más bravas. Los apellidos Echavarría e Izasa fijan la ascendencia de don Alejandro en la provincia vascongada de la península ibérica. De la tradición eúskara de nutrida familia deriva ciertamente la de aquel hogar, que llegó a procrear doce hijos.

Siendo Alejandro niño de pocos años, su padre se radicó definitivamente en Medellín, y puso casa comercial abastecida por los cuatro o cinco importadores entonces establecidos y que mantenían en el mayor misterio sus fuentes de aprovisionamiento extranjero. De un sobre con sellos ingleses hallado por azar en el almacén de uno de estos proveedores locales, uno de los Echavarrías tomó la dirección del despachador europeo. Reuniendo todos sus ahorros le mandan a esa firma desconocida diez mil pesos de oro en barras (veinte libras esterlinas), y le solicitan "una ancheta de mercancías semejante a las que le despachan a don Lisandro Uribe". Medio año después llegó el pedido, todo de telas, y una carta amable que inició una conexión de largo tiempo. En este año de 1957, los sucesores de Schloss Brothers en Manchester, (Schill-Borthers, Limi-

ted), escribieron a Coltejer: "Hemos disfrutado de una muy prolongada e interesante relación con ustedes..."

Llegado a la juventud, y habiendo aprendido la ebanistería en el Instituto de Artes y Oficios que iniciara el gobierno de Pascual Bravo y consolidara su sucesor Pedro Justo Berrío, Alejandro contrajo a los 23 años matrimonio con la señorita Ana Josefa Misas, de rancia familia medellinense, y apenas veinticinco días menor que él. El matrimonio había de tener diez hijos: Gabriel, Sofía, Luisa, Guillermo, Margarita, Alejandro, Germán, Diego, Rosa y Carlos J. El comercio sería la fuente principal de sus ingresos.

Hombre de sanos principios, laborioso y prudente, amante de madrugar y de escribir a sus hijos con base en consejos y máximas morales, atribuía don Alejandro su progreso en gran parte al aliciente de su precaria niñez y su temprana orfandad. Demostró a través de su vida interés real en contribuir al bienestar de los demás, merced a la caridad y al civismo. Impulsó el deporte, construyendo la primera cancha de tennis en su ciudad, y difundiendo un juego antes desconocido en ella, el croquet. Intervino eficazmente en dotar a Medellín de luz y energía eléctrica desde 1898, y más tarde, en 1912, en la creación de un banco, el Alemán Antioqueño, hoy Comercial Antioqueño. También tuvo negocios de café, cuando apenas se iniciaba tan halagüeña industria, y contribuyó como accionista al establecimiento de una empresa de navegación aérea regular, y de una gran hacienda ganadera, iniciativa de su hijo Guillermo.

En 1913 inició la más noble de sus fundaciones, la construcción del Hospital de San Vicente de Paúl, con el apoyo de toda la sociedad antioqueña. Los planos fueron hechos en París por un famoso arquitecto, y los trabajos dirigidos por Enrique Olarte, el mismo que construyera la primera fábrica para Coltejer. La primera piedra se puso el 14 de agosto de 1916, y la inauguración se cumplió el 9 de mayo de 1934. Este hospital, que cuenta hoy con más de mil camas, ha realizado una función indispensable y benéfica, por todos apreciada. Don Alejandro presidió su Junta Directiva hasta morir el 11 de noviembre de 1928, le dio generoso apoyo económico y le legó como a un undécimo hijo en su testamento. Uno de los hijos de don Alejandro, don Guillermo, es actualmente Presidente de la Junta. Murió el fundador de Coltejer en su amplia casa del parque de Bolívar. Produjo aquel deceso conmoción en la sociedad antioqueña y desde entonces don Alejandro Echavarría se incorporó definitiva y permanentemente a la galería de los más grandes capitanes industriales de la nación.

## LAS PRIMEROS 21 AÑOS DE COLTEJER

Un sobrino de don Alejandro, don Ramón, fue el primer gerente de la Compañía Colombiana de Tejidos, con un sueldo inicial de cuarenta pesos oro mensuales. El primer producto de Coltejer, una camisa de franela, al decir de un testigo "tan fuerte y de boca tan grande como una ruana". El primer edificio fue el fruto de la observación de la fábrica ya existente en Bello, por parte de un arquitecto local, Enrique Olarte. Inaugurado el 11 de junio de 1908, este edificio se encontraba en el sitio donde todavía hoy opera una de las fábricas de la empresa, hacia el barrio Buenos Aires. El lote fue vendido por un ciudadano inglés, Mr. William Gordon, y medía 8.885 varas cuadradas de las de 0.84 cmts. Dueños de 59 pequeños terrenos colindantes los venderían a la compañía con el correr de los años.

Desde un principio tuvo la empresa la fortuna de hallar colaboradores leales y constantes. Un carpintero, don Atilano Madrid, trabajó desde los primeros días de abierta la fábrica hasta su muerte en 1953, lamentada oficialmente por las autoridades de la Compañía. Un albañil, Carlos Escobar, entrado algo más tarde, todavía concurre al trabajo, abomina del calzado obligatorio y hace caminatas de seis kilómetros para ir de su casita propia a la fábrica. Hombre de ochenta años, bien pudiera jubilarse. Pero es incapaz de abandonar la empresa. "Es que no acepto de que a uno, por viejo, le den plata para que se vaya de su casa".

Guillermo Echavarría, un hijo de don Alejandro, se entusiasmó con los textiles de tal manera que movía personalmente las máquinas, y escogió el turno nocturno para su labor. Una de las hijas, doña Luisa, aprendió alemán para servir de intérprete a un técnico que hubo de traerse de Alemania para el desarrollo de la empresa, sin ganar ella remuneración por esta tarea. Uno de los sobrinos, Eduardo, entró como ayudante en cualquier oficio que se presentara, y sucedió como Administrador, a don Ramón. Para retirarse treinta y ocho años después, fue preciso que sufriera un ataque cardíaco y una recaída. Todavía es frecuente su visita por predios y oficinas de la fábrica, como un testigo de épocas más difíciles. En una frase resume su vida: "Yo ayudé a formar la empresa, así como la empresa me formó a mí".

La inauguración oficial de la Compañía fue en 1909: el Presidente, General Rafael Reyes, oprimió un switch desde el palacio de la Carrera, en Bogotá, y las máquinas en Medellín se pusieron en movimiento. El enlace telegráfico fue ingeniado por Vicente B. Villa, sobrino político de Don Alejandro y quien gerenció la primera empresa de energía eléctrica en Medellín.

Los años iniciales de Coltejer fueron duros y lentos. La situación del país, después de las guerras civiles y de la desmembración de Panamá, no era muy buena: había, por ejemplo, que contar con una población analfabeta en sus cuatro quintas partes, y la bancarrota, palabra hecha popular a fines del siglo XIX, podía considerarse parcialmente aún vigente. Los conductores civiles tuvieron la sensatez de no llevar otra vez al país al caos de las trincheras, y comenzó a actuar de modo influyente una brillante generación de colombianos, llamada generación del centenario porque en ese año se celebró el de la independencia. Las costumbres políticas adquirieron un plausible grado de madurez que facilitó el avance de las empresas privadas.

El 30 de marzo de 1914 se flotantiza la Colombiana de Tejidos elevando su capital a \$ 470.000 en acciones de a cincuenta pesos. Por cada acción se da un título, firmado por el gerente y el secretario-contador, y de ella se conserva copia, con ambos rubros, en el archivo. Sólo veinte años después había de ser modificado este capital. La idea de la Sociedad Anónima no disfrutaba de la confianza general de que hoy goza en Colombia.

Ese mismo año de 1914 comienza a usarse la sigla que iba a distinguir mejor a la Compañía: Coltejer. Su representación gráfica deriva de la caligrafía de don Alejandro.

Tenía Coltejer en el momento de su flotantización 130 telares manuales, accionados con contraejes y poleas por la energía eléctrica, y un equipo de máquinas circulares para tejidos de punto. Además, acababa de llegarle maquinaria para hilar. Cada paso de adelanto significaba traer técnicos, instruir operarios, afrontar dificultades. La guerra iba a multiplicarlas. Sin embargo, en 1915 se adquirió maquinaria de tintorería.

En 1920 parte de los fundadores, entre ellos don Ramón, resolvieron separarse y fundar una nueva fábrica, la de Tejidos del Hato, más conocida como Fabricato. Por la crisis de aquel año, sólo comenzó a producir en 1923, y es hoy la segunda de la nación.

La continuidad en la orientación de Coltejer durante todo este tiempo estuvo asegurada por haberse encargado de la gerencia, desde octubre de 1908, don Alejandro Echavarría, su Fundador, quien consagró a ella sus fructíferos esfuerzos durante veinte años. Al morir en 1928, llegaba vigoroso a la mayoría de edad el notable establecimiento fabril, hijo de su capacidad creadora.

## DE LA GRAN CRISIS A LA SEGUNDA GUERRA

El séptimo de los hijos de don Alejandro Echavarría, Germán, le sucedió como gerente. Se procedió con su decisiva participación de consejo y el montaje físico de máquinas, a renovar el equipo, con aspiraciones a convertir todos los telares en automáticos. Pero no se logró avanzar más, por el estallido de la crisis del 29, que iniciada con un pánico en la bolsa de Nueva York había de repercutir en el mundo entero.

La política de prudentes reservas que se había tenido, salvó a la empresa, que pudo conservar trabajo para trescientos obreros, en su mayoría mujeres. Los 7.000 husos y los 160 telares en proceso de conversión, la nueva tintorería y la sección de revisión, marchaban al mejor ritmo posible, y de vez en cuando llegaban estímulos, así fuesen literarios, como el de la Exposición de Pereira en 1930, que concedió a Coltejer por sus productos "diploma de primera clase y medalla de oro".

En plena crisis todavía, el gerente hizo venir un técnico alsaciano para decidir sobre el proyecto más revolucionario e increíble para el estado del país: estampación. Los augures pronosticaron el fracaso, porque sólo una población cinco veces mayor que la colombiana, según sus cálculos pesimistas, sería mercado para una planta estampadora que diese rendimiento económico. Afortunadamente no ocurrió así. El primer estampado, Crespón Carmen, hecho de algodón, obtuvo éxito inmediato. Sin duda la demostración del vigor industrial de Coltejer, y de su capacidad de iniciativa y de realización, influyeron para que en 1934 la Compañía aumentase fácilmente su capital en cincuenta mil pesos. Era, sin embargo, poco. El año siguiente lo adicionó con ciento treinta mil más.

El 20 de agosto de 1935, por voluntad de retiro de don Germán Echavarría, la Asamblea General de Accionistas elige gerente al ingeniero Jorge Restrepo Uribe. Al producirse su separación, cuatro años después, deja a la empresa con un capital de tres millones y medio de pesos. Contribuyó a este crecimiento, sin duda alguna, la política de no pagar dividendos en dinero, sino en "acciones fijas". Los ensanches de la maquinaria y de la producción corrían parejos con los del capital.

Fue exaltado entonces a la gerencia otro ingeniero, Luis Peláez Restrepo, también eficaz ejecutivo. Su tarea apenas fue de un año, pues renunció en 1940, pero de positivos resultados. Durante su gestión administrativa se continuaron las conversaciones para fusionar a Coltejer con Rosellón, otra empresa textil establecida desde 1920. Ya antes se habían unido Fabricato y Bello, con el mis-

mo ánimo de afrontar, con más dinero y más sólido equipo humano y mecánico, las nuevas situaciones, planteadas por la Segunda Guerra Mundial que se iniciara el 1º de Septiembre de 1939, al invadir los alemanes a Polonia.

## PERIODO DE INTENSO CRECIMIENTO

El sexto y actual sucesor de don Alejandro Echavarría, en el manejo de los destinos de Coltejer, es el menor de sus hijos, Carlos J. Echavarría. Lleva en este cargo, que hoy se denomina Presidencia de la Compañía, diecisiete años, durante los cuales la empresa ha conocido un período de intenso desarrollo.

Para reseñar las múltiples gestiones que le ha correspondido encauzar en beneficio de la empresa, nos limitaremos a las principales, enunciándolas así:

El 21 de diciembre de 1942, Coltejer compra a Rosellón, empresa de textiles cuyo capital era de siete millones de pesos. Así el de la Compañía Colombiana de Tejidos subió a quince millones.

El 29 de mayo de 1944, Coltejer adquiere la fábrica de Tejidos Manufacturas Sedeco S. A., establecida diez años atrás.

El 9 de junio de 1944, Coltejer adquiere un lote amplísimo en Itagüí, sobre la futura autopista, con miras a ampliar sus instalaciones industriales de este municipio.

El 11 de septiembre de 1944, Coltejer participa en la fundación de la Asociación Nacional de Industriales.

El 3 de octubre de 1944, Coltejer hace parte de los accionistas fundadores del Banco Industrial Colombiano.

El 18 de octubre de 1944, Coltejer se asocia a la organización de la Compañía Suramericana de Seguros.

El 3 de diciembre de 1947, Coltejer contribuye a consolidar la industria radial, como accionista de La Voz de Antioquia, y posteriormente de la Cadena Radial Colombiana, Caracol.

El 27 de abril de 1950, Coltejer participa en el establecimiento de la Distribuidora de Algodón Nacional (Diagonal), después de cooperar activamente en la campaña de fomento de cultivo de esta organización, haciendo popular el lema "Siembre algodón".

El 8 de septiembre de 1953, Coltejer adquiere una planta termoeléctrica para generar 20.000 kilovatios, y satisfacer su gran consumo de energía, ya superior al de cualquier ciudad del país, excepto Bogotá, Medellín y Barranquilla.



## PRESENTE PROMISORIO Y FE EN EL PORVENIR

Un organismo económico tan complejo como es el de Coltejer, difícilmente se abarca de una sola ojeada. Pero algunos datos y cifras hablan por sí solos para demostrar el alentador presente de la compañía, y la razón que ella tiene al confiar plenamente en el porvenir.

Los doce obreros iniciales de la fábrica, en 1907, se han transformado en una cifra que fluctúa entre 6.800 y 7.000. Se trabaja en tres turnos, y los del llamado "turno amanecer" son transportados en bus a la fábrica y luego de regreso a sus hogares, por cuenta de la empresa.

El modesto salón de un principio se ha cambiado por cinco fábricas gigantescas. Sobre un área total edificada de 237.876.63 metros cuadrados, y en donde para fines de 1957 habrá 193.000 husos en acción.

Los siete accionistas fundadores se han multiplicado hasta ser hoy 20.300, de los cuales son inmensa mayoría quienes confían a la empresa el manejo de sus pequeños ahorros: un 80% tiene menos de 500 acciones. Apenas el 2.06% posee más de 5.000.

Coltejer consume más del cuarenta por ciento del total del algodón que se manufactura en Colombia.

Aparte de los tejidos de algodón, en las fábricas de Coltejer se elaboran telas de lana, rayón, orlón, dacrón y muchos otros sintéticos de calidad probada mundialmente.

Los activos de la firma sobrepasan los 235 millones de pesos, y las utilidades fueron de 25 millones en 1956, y superiores a 13 millones en el primer semestre de 1957.

El salario promedio para el personal obrero es de \$ 10.45 diarios, sin contar con las prestaciones sociales (un 50% sobre el jornal), ni con el subsidio familiar, que beneficia a la tercera parte del personal y a sus 8.593 hijos.

La empresa educa en escuelas propias unos 1.500 niños de sus obreros.

Los trabajadores se agrupan en tres cooperativas de consumo, y se abastecen de víveres en tres enormes Proveedurías donde se los venden a precio de costo.

La empresa ha construido barrios para el personal, que adquiere casa mediante una amortización de 20 años, o que disfruta de ellas como obsequio, por haberle servido muchos años, o por

ganar los sorteos correspondientes en las efemérides más notables de la compañía. Casas por valor de \$ 300.000 se rifarán entre los obreros el 22 de octubre.

En las fábricas hay restaurantes, y salones de juego. El comedor en la nueva fábrica de Itagüí (por inaugurarse este año), tiene capacidad para 800 comensales.

Para su mejor formación cultural, Coltejer les brinda a sus obreros biblioteca, clases de alfabetización para adultos, entrenamiento industrial, enseñanza de inglés y clases de corte para las obreras. Se editan además mensualmente 10.000 ejemplares de la revista "*Lanzadera*", de reparto gratuito, con comentarios de actualidad, trozos selectos de literatura, reportajes, policromías y diversidad de secciones de lectura provechosa.

Cuidado vigilante mantiene la empresa para recordar a los trabajadores la prevención de accidentes, y para cuidar de su salud si se presenta el caso. La tarea de asistencia social es múltiple, y entre otros recursos se dispone de un pabellón propio en el Hospital de La María para el tratamiento de enfermedades pulmonares.

La Compañía colabora eficazmente para el sostenimiento del Hospital de San Vicente de Paúl y de numerosas entidades de beneficencia. Este año obsequió al hospital mencionado un pabellón de Consulta Externa, con un costo de medio millón de pesos, que será inaugurado también en octubre.

Bien conocida es la política de la compañía en el incremento de los deportes, pues figuras que están en su nómina ocupan sitios de honor en el deporte nacional. La empresa patrocina equipos de fútbol, béisbol y basquet, así como la práctica del tenis y del ajedrez, todo ello atendido por entrenadores y dirigentes capacitados. Los campeones nacionales Ramón Hoyos del Ciclismo y William Alvarez de Tennis son trabajadores de la empresa.

La sede directiva de la compañía está en el centro comercial de Medellín, la Avenida Junín, en edificio de diez pisos propiedad del Banco Industrial Colombiano. Con ocasión del Cincuentenario serán inauguradas tres fábricas en sus instalaciones en el municipio de Itagüí.

Preside la compañía Carlos J. Echavarría, 54 años, educado en la Universidad de Columbia en los Estados Unidos, por varios años campeón de tenis en Colombia, y en los últimos tiempos ganador de trofeos en las exposiciones nacionales por sus ejemplares caninos de raza pura.

Vicepresidente es el doctor Rodrigo Uribe, químico graduado del Instituto Tecnológico de Massachussets.

Componen la Junta Directiva como principales los siguientes hombres de empresa:

Gustavo Uribe Escobar, Jorge L. de Bedout, Luis Carlos Estrada, Carlos Angel V., y Luis Fernando Restrepo.

Y como Suplentes actúan:

Diego Uribe, Carlos Gutiérrez Bravo, Juan Estrada, Alejandro Echavarría R., e Iván Correa.

Al usar un producto Coltejer, no siempre se piensa en el inmenso y complicado engranaje de seres humanos y de máquinas que lo hizo posible. Si la ocasión de celebrar sus primeros cincuenta años de vida sirve para que el público tome mejor contacto con la empresa que su colaboración ha hecho progresar, los siete mil coltejerianos habrán de sentirse orgullosos. Los siete mil que componen la empresa de mayor personal en Colombia saben cuánto deben al consumidor colombiano por su estímulo constante de medio siglo, para merecer el cual seguirán esforzándose por hacer todavía mejores y más hermosas telas para Colombia.

